
El análisis político y económico de los doctores Vicente Massot y Agustín Monteverde

En busca de 129 votos

El fallo de la Cámara Civil y Comercial Federal, del miércoles pasado, significó un revés que el kirchnerismo asimiló con enorme preocupación. Por supuesto cargó, como es costumbre, contra los tres jueces responsables —María Susana Najurieta, Ricardo Guarinoni y Francisco de las Carreras— pero con la convicción de que la apelación a la Corte Suprema, siendo el único camino por recorrer, no le asegura nada. De tanto agraviar a la justicia en general, a las cámaras que considera enemigas y a la Corte —aunque no la mencione de manera explícita—, el gobierno se ha encerrado en su propio laberinto.

Difícilmente el supremo tribunal vaya a convalidar las posiciones de máxima de Cristina Fernández. Es mucho más probable que, a semejanza de la citada cámara, declare la inconstitucionalidad de la limitación de la ley de Medios al número de licencias que pueda operar Cablevisión y, al propio tiempo, decida que es pertinente fijar un cupo para las frecuencias radioeléctricas asignadas a Clarín.

Se vienen unos meses, desde ahora hasta fines de octubre, en los cuales los siete miembros de la Suprema Corte, les guste o no, tendrán dos decisiones trascendentales que tomar. Una es la ya comentada. Pero hay otra, de tanto o mayor significación que la referida al multimedio dirigido

por Héctor Magnetto. Si el paquete de leyes con el que la Casa Rosada pretende dominar los restos de justicia independiente que quedan en la Argentina se sancionara sin modificaciones entre hoy y mañana en el Congreso, de todos modos lloverán al día siguiente los planteos de inconstitucionalidad. Así, un eventual triunfo del oficialismo en la Cámara de Diputados —que está por verse— sufrirá un abrupto frenazo cuando uno o más jueces dicten medidas cautelares. A partir de ese momento el núcleo duro de la reforma —modificación del Consejo de la Magistratura y regulación de las cautelares— quedará automáticamente en veremos y, tarde o temprano, el caso llegará a la Corte.

Con la coincidencia particular de que todas estas batallas se darán en un contexto nuevo, producto de que algo trascendental ha cambiado en el país en términos del humor de las clases altas y medias urbanas. Por de pronto el fenómeno de los cacerolazos —que muchos imaginaban pasajero— llegó para quedarse. No sólo eso: se ha convertido en una estrategia de alcance nacional que, conforme transcurre el tiempo, crece al compás de los errores de cálculo y torpezas de un gobierno por momentos poderoso y, por momentos, desasistido de toda imaginación.

Sería faltar a la verdad decir que los manifestantes que se lanzaron a recorrer las calles el último jueves, son mayoría, pero, aun cuando no lo sean, demostraron su voluntad de involucrarse, abiertamente, en la disputa política en curso. Desde hace un año toda esa gente dejó de ser parte de una colectividad silenciosa para transformarse en una multitud vociferante. Tratándose de una sociedad proverbialmente mansa y refractaria a los asuntos públicos, como ha sido la nuestra, los episodios del 13 de septiembre y 8 de noviembre del pasado año y el del 18 de este mes, han mostrado una faceta total y absolutamente desconocida hasta hoy.

En el fondo, las millones de personas que durante varias horas y en forma pacífica confirmaron que el kirchnerismo ha perdido el dominio de la calle, saben, sin que nadie necesite explicárselo, el límite de su reacción. No piensan que el gobierno vaya a desmoronarse o, siquiera, que ese serpenteo humano capaz de repetirse en casi todos los rincones de la república, se traduzca inmediatamente en poder. Al respecto prima el realismo y en ello radica su futuro.

Si fuesen legión los que creyesen lo contrario, al darse cuenta de los resultados podrían desilusionarse, bajar los brazos y quedarse en su casa. Así no habría nuevas convocatorias con

posibilidades de éxito. Quizás al principio hubo gente que se dejó ganar por la euforia. Ya no. De ahora en adelante, de lo que se trata es estar alerta y plantarse firme frente a las decisiones del gobierno. Es en este contexto que cobra sentido la convocatoria —cuando todavía no se han silenciado los ecos del 18— en repudio al conjunto de leyes enviada al Congreso por el Poder Ejecutivo.

Cuanto suceda hoy y mañana en la cámara baja tendrá una importancia singular. Sobre todo si el oficialismo no lograra sumar 129 voluntades para convertir en ley la nueva constitución del Consejo de la Magistratura. Un tropiezo del FPV, en tema de tanta trascendencia, dejaría al descubierto su incapacidad para arriesgarse a dar peleas mayores. Dice el adagio que quien no puede lo menos tampoco puede lo más.

Aunque las manifestaciones populares no se traduzca en poder cantante y sonante, de todas maneras adelantan, a seis meses de las elecciones, una tendencia que nunca antes se había hecho notar desde 2003. Sectores enteros, sobre todo de las clases medias urbanas, se han sumado al variopinto mosaico antikirchnerista y difícilmente en el cuarto oscuro se decidan a votar por los candidatos del Frente Para la Victoria.

Lo dicho no significa, ni mucho menos, que el kirchnerismo esté sentenciado a la derrota. Por un lado, en razón de que no hay una sola vara para medir los resultados electorales. Por el otro, en virtud de que nada es seguro en un país tan poco previsible. A mediados de 2009, cuando se substanciaron los comicios legislativos en los cuales el oficialismo, con el santacruceño y Daniel Scioli a la cabeza, salió perdidoso, era relativamente fácil saber quienes podían cantar victoria. Bastaba contar los votos. Si a simple pluralidad de sufragios Macri y De Narváez sumaban más que Néstor Kirchner y el gobernador bonaerense, aquéllos podían considerarse ganadores. Tan sencillo como eso.

En octubre determinar lo resultará mucho más complicado. La primera forma de medir los resultados es la misma de cuatro años atrás: la cantidad de votos obtenida. No se requiere ser un experto en la materia para saber que, si fuese así, el FPV ya estaría festejando, porque sigue siendo el partido de mayor envergadura electoral. Pero es un parámetro pobre. La segunda manera resulta de comparar las bancas que cada agrupación renueva con las que, cerradas las urnas, logra

conservar o, más aún, aumentar. Y, por fin, si cuanto se halla en juego resulta *la re-re*, la vara indicada no puede ser otra que contar los diputados y senadores del FPV para, acto seguido, determinar si puede motorizar o no la reforma de la Constitución.

Si los comicios fuesen hoy, el FPV ganaría a simple pluralidad de sufragios; perdería dos o tres senadores y ganaría unos pocos diputados. Eso sí, estaría lejos de los 2/3 necesarios para llevar adelante su plan de máxima. Hasta la próxima semana.

Secciones del Informe completo

- ◆ *Crónicas políticas*
- ◆ Recaudación en descenso, presión al máximo
Castigo a la actividad y el empleo
- ◆ Feroz crecimiento del gasto en la década K
Ebrios de clientelismo, sobrios para invertir
- ◆ Sector externo - marzo
La catástrofe energética está aquí



*La presentación será el jueves 25 de abril a las 18 30 en el CARI, Uruguay 1037, 1º
Hablarán Abel Posse, Julio Bárbaro, Luis Labraña y el autor*